



Una maravilla escarlata



Ahí estaba, por fin, su bicicleta. “Con una bicicleta se puede ir a cualquier sitio”, pensó Diana, “a China, al Polo Norte”. Uno se trepa en ese caballo de ruedas y pedaleando alcanza los sitios más remotos. “Y sin gastar gasolina”.

De modo que Diana contestó, sin quitar los ojos de aquel regalo:

—Gracias, mamá. Algún día te la pagaré —dijo mientras se apoderaba de aquel manubrio que brillaba al sol como bastón de plata. Recordó a los panaderos de San Rafael, la pesada cesta viajando sobre sus cabezas, igual que el equilibrista del circo, evitando las piedras de la calle. ¿Sería tan difícil?

—No me agradezcas nada, niña —le dijo su madre—. La verdad no sé ni por qué te la compré. Espero que al menos así llegues temprano a la escuela.

Diana sostuvo la bicicleta en silencio. Admiró su estructura tubular, esmaltada en rojo, el asiento de cuero, las llantas negras como esperando remontar los cami-

nos todos del universo. ¡Y claro que sabía el motivo de ese fantástico obsequio! “Si yo tuviera un papá”, le había dicho a su madre luego de regresar de un paseo con sus amigas, “él me habría regalado una bicicleta en mi cumpleaños”.

Así que Diana tenía bicicleta, aunque papá no. Su madre adivinó los pensamientos de la niña... Una niña tímida que muy pronto abandonaría las muñecas. No dijo más y se encaminó a la mercería porque era la hora de abrir el negocio familiar.

—Muchísimas gracias, mami —insistió Diana—. Nunca olvidaré este día.

Antonia y Lola, sus amigas, no tenían bicicletas; pero no tenían porque sus padres pensaban que ése era un juguete exclusivo para niños. Diana esperó a que su madre doblara la esquina rumbo a la tienda y cerró entonces el portón de casa, la abuela debía de estar durmiendo allá adentro en la silla mecedora. Andar en bicicleta. Aprendería sola, igual como aprende uno a cepillarse los dientes. Lo único que le advirtió su madre, luego de mostrar la sorpresa en el patio, fue que esas palanquitas bajo el manubrio eran los frenos. “Úsalos cuando te quieras detener”.

Eso era algo importante para los habitantes de aquel poblado al pie del Iztaccíhuatl: detenerse a tiempo, no resbalar montaña abajo. Muchos excursionistas llegaban los fines de semana. Cargaban mochilas, tiendas de cam-

pañá y unas extrañas garras de acero que se acoplaban a las botas cuando alcanzaban el hielo de la cumbre. Les llamaban “crampones” y eran indispensables para no rodar cuesta abajo y perderse en las grietas disimuladas por la nieve.

Pero Diana no era alpinista, así que se dispuso a montar en su bicicleta. El juguete olía a nuevo: el aceite de la cadena, la pintura de esmalte, el cuero del asiento. La niña trepó en ese potrillo de metal, apoyó un pie en el pedal, alzó el otro y comenzó a imaginar que pedaleando llegaría hasta China... sólo que muy pronto cayó al suelo.

Se había lastimado ambas rodillas, pero no le importó. Sacudió el polvo de su falda, repitió el intento... y volvió a precipitarse contra el pavimento. En el tercer impulso logró pedalear varias veces, avanzar algunos metros, pero nuevamente fue a dar contra el piso. Al descubrir aquellos puntos de sangre en su rodilla quiso llorar. ¿Por qué se caía, si había mantenido los brazos bien firmes en el manubrio? Aguantó las lágrimas y al mirar al ciclista de la panadería, que en ese momento transitaba cargando el canastón sobre su cabeza, sintió una creciente envidia. Y lo peor de todo, que el panadero pedaleaba tan campante y silbando una melodía de moda. ¿No lograría aprender nunca ese ejercicio en apariencia tan sencillo?

Así, luego de mirar el paso de aquel soberano de la calle —porque en San Rafael apenas si había automóviles—, Diana resolvió que no llegaría a China, pero sí a la

acera que estaba enfrente de su casa. Apoyó nuevamente el pie izquierdo en el pedal, ladeó un poco la bicicleta y se impulsó para ganar ese momento de vértigo que desafía a la gravedad...

Esa noche merendó sola. Preparó dos tazones de chocolate: uno para ella, otro para la abuela. Cuando se lo llevaba a la cama, la anciana entreabrió los ojos, para luego advertir:

—Mañana me subiré en tu deslumbrante velocípedo. Ya verás, Dianita, lo domaré como a un potro y no me daré tantos porrazos como tú —la abuela siempre decía cosas como ésas.

Había cenado sola para evitar las preguntas. Se metió a la cama temprano, y cuando escuchó el retorno de mamá se fingió dormida. Le dolía todo y estaba llena de raspones, porque sostenerse en dos ruedas era un contrasentido..., una maravilla que le permitía deslizarse con el empuje de sus piernas. ¡Sí!, por fin había aprendido a pedalear sin caerse, gobernar el equilibrio y llegar hasta la otra acera. Nada la detendría ahora que sus pies impulsaban ese instrumento de tubos y felicidad. Diana había llegado a China, ¡sí!, y los chinos la saludaban montada en su bicicleta escarlata, girando a la derecha, a la izquierda, sin parar, dale que dale, sonriendo al viento, porque una bicicleta que anda no cae nunca, y China para arriba, China para abajo, allá iba Diana entre sueños, gritando: “¡No tengo frenos, no tengo frenos!” pero los chinos no

la entendían y ya llegaría, mucho después, el radiante momento de despertar.







A white sphere, possibly representing a moon or planet, is positioned in the upper right quadrant of the image. It has several thin, white lines extending from its surface, suggesting a satellite or probe. The background is a dark, starry sky with numerous small, bright stars scattered across the field of view.

Segunda luna

Esa mañana el profesor saludó a sus alumnos con nerviosismo. No pasó lista. Permaneció varios minutos mirando a través de la ventana, de pie y con las manos enlazadas tras la espalda. De pronto, sin quitar la vista de aquel cielo tan azul, mientras sus alumnos comenzaban a indisciplinarse, pronunció:

—Muchachos, nunca olvidarán este día, 4 de octubre de 1957.

Así era el profe Curiel. Ceremonioso, espiritual, soñador. Lo dijo como locutor de radio anunciando esas pomadas para curarlo todo.

—Muchachos —insistió al saltar hacia el pizarrón—, hoy la ciencia nos ha regalado una segunda luna.

Todos voltearon a mirar hacia arriba, más allá de los volcanes. “¿Una segunda luna?”, se repetían los niños asomándose por las ventanas. Pero afuera del salón de clases no había nada, nada que no fuera el aire fresco bajando del bosque.

—¿Cuál otra luna, profesor? —reclamó el pequeño Fermín—. Yo sólo veo las palomas revoloteando en el campanario. ¿O se refiere usted a la antenota que pusieron en la casa del Alegre Atenor?

Todos soltaron la carcajada. Atenor, el Alegre Atenor, era el prestamista del pueblo y en su larga vida nadie le había conocido una sonrisa. La antena, la única en San Rafael, era para recibir la señal de televisión, porque esa moderna caja de bulbos era una maravilla, “como tener cine en casa”, y desde hacía dos semanas el viejo Atenor miraba por las tardes, él solo, programas de cancioneros, comedias y concursos.

El profe Curiel ordenó que todos retornaran a sus pupitres. O no le habían entendido o esos muchachos eran unos “burros sin remedio”, pensó al explicar con las manos extendidas:

—Niños, lo que ha ocurrido esta mañana es una proeza de la ciencia. En Rusia han lanzado un poderosísimo cohete que logró colocar en la estratósfera un satélite artificial denominado Sputnik —y mirando a Fermín con severidad, le preguntó—: Y usted, jovencito, ¿sabe de lo que estoy hablando?

Era su oportunidad. Avispado, inquieto, Fermín estuvo a punto de responder cualquier cosa, pero al enfrentar la mirada exigente de su mentor, no tuvo más remedio que alzar los hombros para mostrar su ignorancia.